

MAKARONESIA

Boletín de la Asociación Amigos del Museo de la Naturaleza y el Hombre

**Las trágicas crónicas
de la lisa gigante
de Cabo Verde**

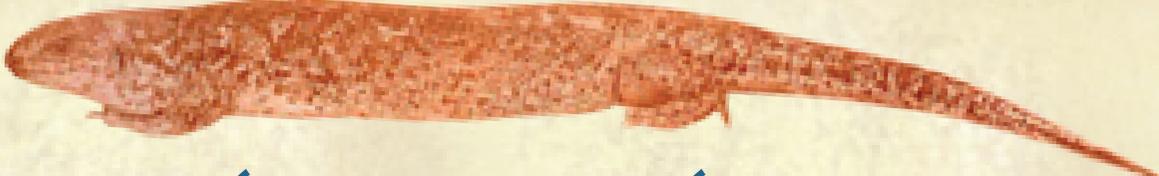
**Conversación con
Cristina González**

**Lanzarote:
vida entre las lavas
ahogadas del volcán**

**Los aromas de Ceuta:
dos mares,
dos continentes**

**La lapa mayorera
en Canarias:
distribución y problemática**





LAS TRÁGICAS CRÓNICAS DE LA LISA GIGANTE DE CABO VERDE

José Antonio Mateo

(Biólogo. Servei de Protecció d'Espècies, Govern de les Illes Balears, Palma de Mallorca)

Fotos: J.A. Mateo, Phillippe Geniez, Salvador Carranza, Marcos García Márquez y Rubén Barone

En una época en la que la Ilustración se imponía en toda Europa, el profesor Domenico Agostino Vandelli reunió a sus alumnos predilectos, les habló de la grandeza de la exploración naturalista y les invitó a partir hacia los confines del imperio portugués para recolectar muestras de las especies más sobresalientes del orbe. El objetivo principal de tal empresa consistía en dotar a Lisboa de un gran museo de Ciencias Naturales, que fuera el colofón de la reordenación urbanística iniciada poco antes por el Marqués de Pombal. Convencidos de la importancia de esa tarea, en 1783 cada discípulo tomó un camino: Alexandre Rodrigues Ferreira se internaría en la Amazonía, Manuel Galvão da Silva exploraría Mozambique y José Joaquim da Silva reco-

rrería Angola de norte a sur. A João da Silva, más conocido por el apodo de Feijó, le tocó Cabo Verde.

Feijó pasaría 11 años en el archipiélago atlántico, durante los que exploró todas y cada una de sus islas recogiendo cientos de muestras minerales, herborizando las plantas que le parecieron interesantes y recolectando todos los animales que tuvo a mano. De vuelta a Lisboa, el naturalista carioca haría entrega a su antiguo maestro de todos sus preciados especímenes, entre los que se encontraban cuatro enormes "lagartos" (escincos) capturados en un islote conocido por los pescadores de São Nicolau como Mâsombra, y por los marineros portugueses como ilhéu Branco. Pero el profesor Vandelli, seguidor declarado de las doctrinas linneanas, no había heredado el fino sentido del orden del sabio sueco, y gran parte de las muestras traídas de ultramar quedaría finalmente almacena-

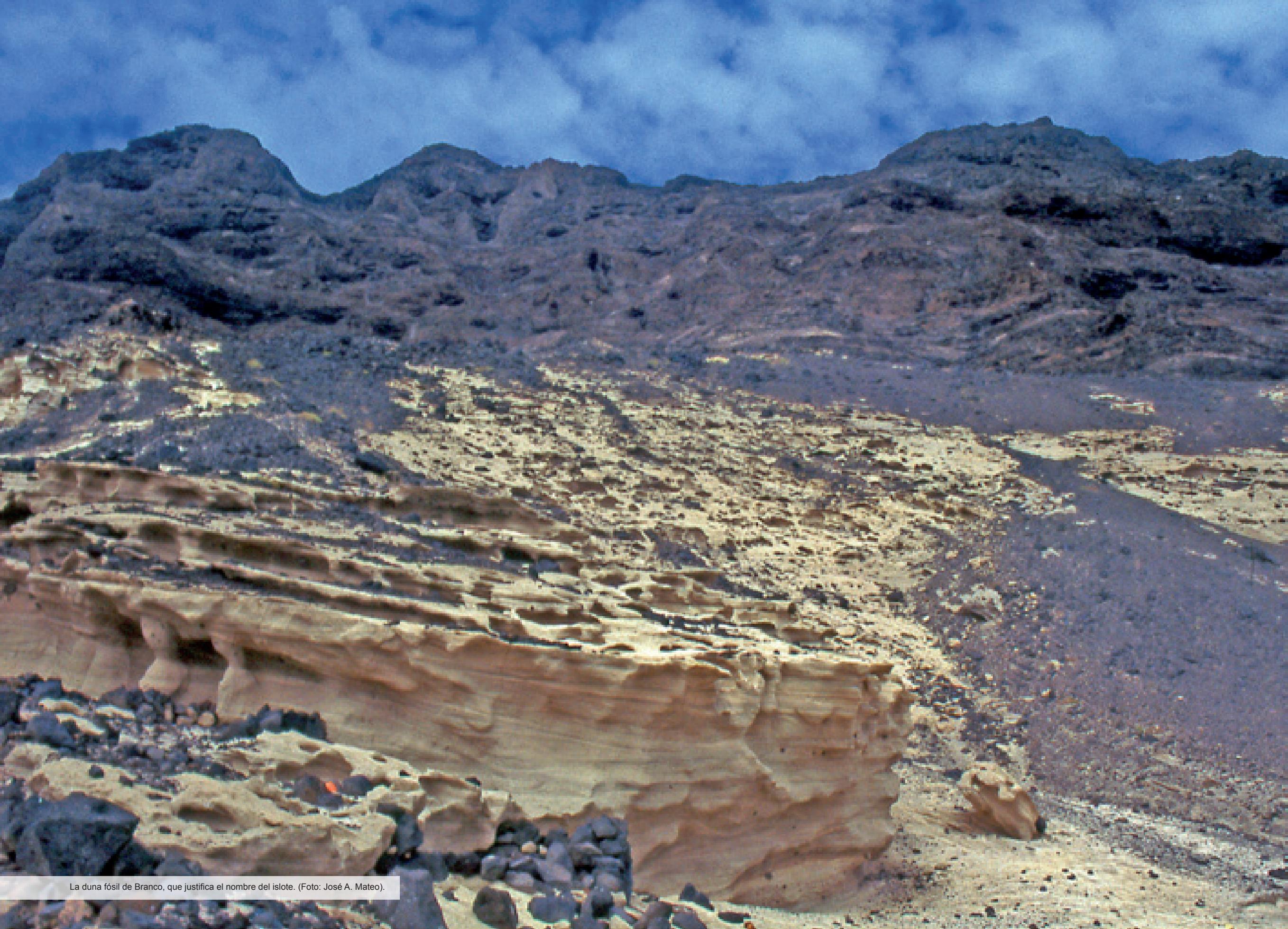


Izquierda, primera página del volumen 5 de *Erpétologie Générale* (1839) de C. Duméril y G. Bibron, en el que los autores describieron la especie *Euprepes coctei*. Derecha, arriba, dibujo de la cabeza y del cráneo del holotipo, realizado en 1874 por Firmin Bocourt para la revista *Journal de Zoologie*. Derecha, abajo, ficha del holotipo (Musée National d'Histoire Naturelle de París).

da sin etiqueta ni concierto en algunas de las vitrinas del gabinete zoológico de la *freguesia* de Ajuda.

Casi coincidiendo con el cambio de siglo, Napoleón Bonaparte -hasta entonces primer cónsul de la República Francesa- perdería finalmente la cordura, autoproclamándose emperador y enviando a sus bien entrenados ejércitos a buscar la gloria. A Lisboa llegarían el 1 de diciembre de 1807, precipitando con

ello la huída hacia Brasil de toda la corte portuguesa. Ante la nueva situación, el pragmático Vandelli optó por ponerse al servicio del emperador corso, abriéndole sin contrapartidas las puertas del embrión de museo. Solo unos meses más tarde, el general Junot -nombrado a la sazón gobernador de Portugal- firmaría personalmente la orden que permitía al profesor Étienne Geoffroy Saint-Hillaire seleccionar las mejores piezas de la colec-



La duna fósil de Branco, que justifica el nombre del islote. (Foto: José A. Mateo).



Arriba, acuarela del ilhéu Branco, una roca de apenas un kilómetro cuadrado que albergó una población de *Chioninia coctei* hasta, al menos, 1898. Autor: M. Oliver. Abajo, mapa de Cabo Verde, en el que se han indicado los diferentes yacimientos recientes donde se han encontrado restos de *Chioninia coctei* (S. Vicente, 1: Monte Verde; 2: Salamansa; 3: Praia da Ceilada; Sta. Luzia, 4: Ribeira do Penedo; 5: Praia do Castelo; Branco, 6: duna fósil; Raso, 7: Achada Branca). El punto azul (8) indica la Ponta de João Baptista, cerca de Tarrafal (São Nicolau), donde se han encontrado algunos huesos en superficie de esta especie (en el mapa, sobre la isla de São Nicolau), que podrían explicarse bien porque la especie fuera autóctona, bien porque hubiera pertenecido a un ejemplar capturado por pescadores en Branco o Raso y consumido en el lugar en el que fue encontrado. Fotografía: Jean-Y. Quéro. La línea punteada corresponde a la isóbata de 50 m y al contorno aproximado de la gran isla pleistocénica de Barlovento.

ción de Ajuda para su inmediato envío a la Sorbona y de allí al Museo Nacional de Historia Natural de París. De esta manera, y entre abundantes muestras de fauna y flora brasileñas, el naturalista francés expolió uno de los cuatro hermosos escincos caboverdianos.

Sin referencias ni etiquetas, los conservadores del museo parisino supusieron que nuestro protagonista debía proceder de algún punto del litoral africano, y así quedó registrado y almacenado a la espera de que fuera finalmente descrito para la ciencia. Esa espera se prolongaría casi tres décadas, pero finalmente en 1839 Constant Duméril y Gabriel Bibron, dos consumados zoólogos adscritos al museo de París, desempolvaron el ejemplar capturado por Feijó, lo describieron de acuerdo a la normativa entonces vigente y se lo dedicaron a Jean-Théodore Cocteau, un especialista en escíncidos que un año antes de la publicación del quinto volumen de la obra *Erpétologie Générale* había muerto de fiebres atáxicas.

Conocida por un único ejemplar de patria imprecisa, la nueva especie pasaría mucho tiempo sin pena ni gloria entre los hombres de ciencia (no así entre los pescadores de São Nicolau, que la seguían considerando un manjar...). Pero todo cambió cuando, pasado el medio siglo, José Vicente Barboza do Bocage recibió el testigo para la puesta en funcionamiento del museo lisboeta de Ciencias Naturales.

Bocage contaba entonces con poco más que los restos polvorientos de las colecciones del gabinete de Ajuda, y tal vez por eso se empeñó en recuperar el material expoliado 66 años antes por los franceses. Gracias a su enorme tesón y al hecho de que por entonces Isidore Geoffroy Saint-

Hillaire -hijo del expoliador- se había hecho cargo de la dirección del Museo de Historia Natural de París, el naturalista portugués pudo recuperar buena parte de las muestras. No pudo llevarse consigo, sin embargo, el “lagarto” de Feijó ya que, al tratarse de un holotipo, los parisinos se opusieron rotundamente.

Prendado de aquel ejemplar intransferible, Bocage buceó en los archivos de Vandelli, hasta que empezó a sospechar que procedía de Cabo Verde. En 1873 sus sospechas se transformaron finalmente en certezas cuando el Dr. Frederico Hopffer, un buen amigo suyo residente en el archipiélago, le envió tres “lagartos” vivos capturados poco antes en el ilhéu Branco... ¡y los tres eran similares en forma y tamaño a los que Feijó había traído ochenta años antes! Sin perder un minuto, publicó la primicia en un par de revistas, añadiendo no pocas observaciones suplementarias sobre la anatomía y la biología del lagarto y concluyendo que la especie debía ser considerada en un género diferenciado, para el que propuso el nombre de *Macrocrocincus*.

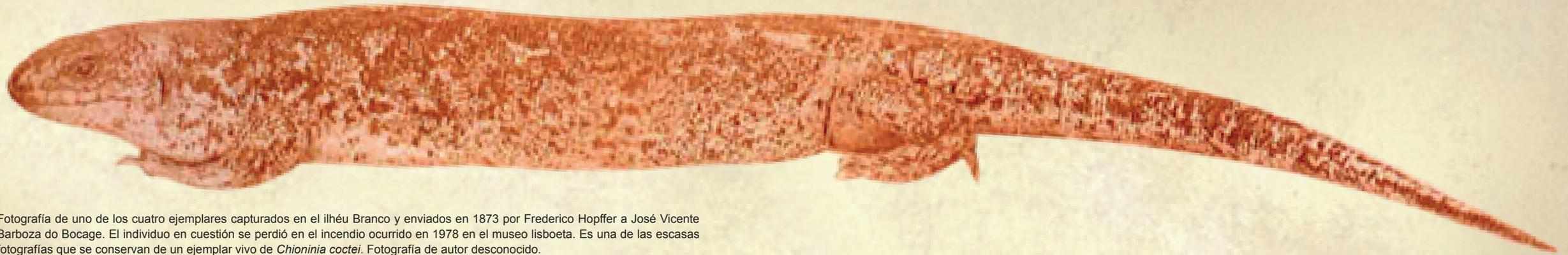
Por la resolución del problema de los escíncidos, Barboza do Bocage recibiría incontables felicitaciones, incluidas las de Luis I, el rey naturalista. Pero, con el debido respeto que merece la figura del ilustre científico portugués, la publicación a bombo y platillo del descubrimiento supuso en realidad un paso más -en este caso casi definitivo- en el imparable proceso de extinción de esta especie.

No hacía ni cuatro años desde que el *Jornal de Sciencias Mathematicas, Physicas e Naturais* había dado por primera vez la noticia cuando Charles Jamrach -un co-



Maxilar semienterrado de un ejemplar adulto de *Chioninia coctei* (Praia do Castelo, isla de Santa Luzia). (Foto: Ph. Geniez).

Restos óseos de aves marinas en lo que antaño fue la colonia de Praia do Castelo (Santa Luzia). La presencia de esqueletos desarmados de lagarto gigante en esta zona da fe de su amplia área de distribución y sugiere una relación comensal con las aves. (Foto: José A. Mateo).



Fotografía de uno de los cuatro ejemplares capturados en el ilhéu Branco y enviados en 1873 por Frederico Hopffer a José Vicente Barboza do Bocage. El individuo en cuestión se perdió en el incendio ocurrido en 1978 en el museo lisboeta. Es una de las escasas fotografías que se conservan de un ejemplar vivo de *Chioninia coctei*. Fotografía de autor desconocido.

merciante de Hamburgo afincado en Inglaterra- ya disponía de ejemplares vivos y muertos del “lagarto” de Branco en sus almacenes del “East End” londinense. Los vendía a dos libras esterlinas la unidad, una cifra entonces equiparable a algo más de media onza de oro. Y no era el único que los vendía...

De la noche a la mañana, *Macroscincus coctei* se convirtió en uno de los más apreciados caprichos de la burguesía europea del último cuarto del siglo XIX, y no había museo que se preciase que no buscara con avidez ejemplares del gran “lagarto” de Cabo Verde. Por eso, las visitas a Branco y al vecino islote de Raso, donde Alphons Stübel también había descubierto una raquílica población, se multiplicaron para hacerse con alguno de los valiosos ejemplares.

En muchas ocasiones, viajeros, naturalistas y navegantes de la marina mercante o de la de guerra modificaban expresamente su ruta para acercarse a las llamadas *Ilhas Dezertas* al objeto de capturar algún lagarto. Eso hizo, por ejemplo, el capitán Parfait que, con el beneplácito del profesor Milne-Edwards, ordenó dejar de lado su misión (la prospección de los fondos marinos atlánticos) para llevar su barco, el *Talisman*, hasta el ilhéu Bran-

co. El 9 de mayo de 1884 la marinería del buque capturaría doce ejemplares, la mayor parte de los cuales se encuentra ahora depositada en las estanterías del Museo de París.

Durante treinta años saldrían de las dos minúsculas islas centenares de ejemplares de esta especie, cuyo destino principal eran los terrarios de los naturalistas de salón. Muchos de ellos, como Franz Troschel, Otto Tofohr, Johannes Berg, Donatto Schiavetti, Wevers, Wilhelm Klingelhöffer, Franz Werner, el conde Mario Peracca, Oskar Simony, Léon Croizat, Giacomo Cedonni o Franz Steindachner determinaron con sus escritos que el gran “lagarto” caboverdiano se convirtiera en todo un clásico de la terrariofilia, y que algunos tratados especializados siguieran enumerando los cuidados que requería hasta bien entrado el siglo XX, cuando ya casi todos lo daban por extinguido.

Gracias a los terrariófilos sabemos, por ejemplo, que eran lentos y confiados, que nunca bebían agua aunque dispusieran de ella en abundancia, que amagaban con morder pero que nunca llegaban a hacerlo, que aceptaban sin problema cualquier alimento de origen vegetal sin hacerle tampoco ascos a animales vivos,

recién muertos o en avanzado estado de descomposición, que sus dientes cortaban las hojas de col como si de cuchillas se tratara, que sus heces rezumaban nemáto-

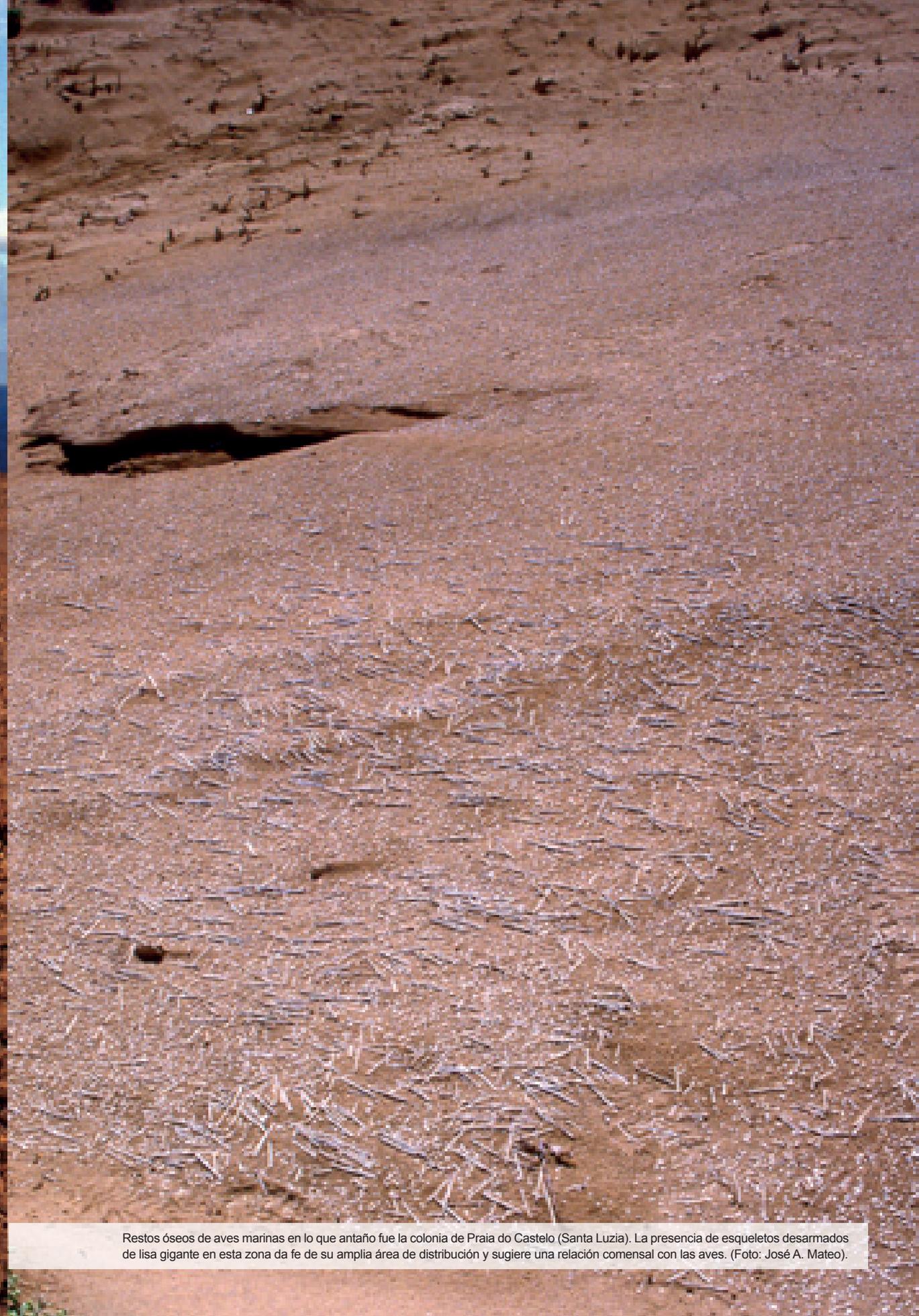
dos, que gastaban cola prensil para asirse a ramas y salientes o que sin embargo esta era incomprensiblemente quebradiza, hasta el punto de que eran muy raros los

Carta enviada por Charles Jamrach, en la que ofrece cuatro ejemplares de *Chioninia coctei* al precio de dos libras la unidad. Original conservado en el Natural History Museum. Abajo, a la izquierda, ejemplar adulto conservado en la colección del mismo museo; el tejido muscular de este espécimen comprado a finales del siglo XIX a Charles Jamrach permitió comprobar, más de cien años más tarde, mediante la secuenciación de su ADN mitocondrial, que estaba estrechamente relacionado con los demás escíncidos caboverdianos. Foto: Salvador Carranza.





Raso, un islote árido que dio cobijo a *Chioninia coctei* hasta, al menos, el siglo XIX. Al fondo pueden verse las islas de Branco (centro) y Santa Luzia (derecha), que también formaron parte del área de distribución de la especie. (Foto: José A. Mateo).



Restos óseos de aves marinas en lo que antaño fue la colonia de Praia do Castelo (Santa Luzia). La presencia de esqueletos desarmados de lisa gigante en esta zona da fe de su amplia área de distribución y sugiere una relación comensal con las aves. (Foto: José A. Mateo).



Raso, el islote en el que Alphonse Stübel descubrió una población de *Chioninia coctei*. Al fondo, Branco (izquierda) y Santa Luzia (derecha). (Foto: José A. Mateo).

ejemplares que disponían de la suya original. No emitían sonido alguno, y se publicaron referencias contradictorias sobre su reproducción -hay pruebas fehacientes de que en ocasiones ponían huevos y que otras veces parían crías vivas- y sus ritmos circadianos.

Viendo que en solo tres décadas de rapiña Branco y Raso habían quedado casi despoblados de estos escíncidos, Barboza do Bocage escribiría en 1896 un encendido alegato contra el expolio al que se estaba sometiendo a las dos únicas poblaciones conocidas de la especie. Solo dos años más tarde el italiano Leonardo Fea y el británico Boyd Alexander se convertirían en los últimos europeos que dejaron constancia escrita de haberlos visto y capturado en su hábitat, ya que no existe ninguna referencia fiable de avistamiento a lo largo del

siglo XX. Los últimos ejemplares cautivos morirían a su vez en Alemania en 1940, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba en uno de sus momentos más cruentos y la situación no invitaba a la cría de reptiles.

Secada la fuente que proveía al mercado, *Macroscincus coctei* pasó a ser una leyenda, y autores de la talla de Robert Mertens, Fernand Angel, Hermann Schleich o el mismísimo Théodore Monod lo echarían de menos en sus escritos. Finalmente, la primera Lista Roja de las especies amenazadas de Cabo Verde, elaborada para su presentación en la Cumbre de la Tierra de Río y publicada en 1996, certificó su defunción, al incluirlo entre las especies extinguidas.

Algunos científicos se consolaron entonces estudiando los ejemplares conservados en los museos. De esta mane-



El *Talisman*, buque oceanográfico de la marina francesa amarrado en el puerto de Orán. En 1886 el *Talisman*, al mando del capitán Parfait, fondeó junto a Branco para que la marinería pudiera capturar una docena de ejemplares de *Chioninia coctei*. Postal de la época.

ra se supo que podían alcanzar edades considerables, o que algunos de los más de cuarenta “lagartos” que habían pertenecido a Mario Peracca podían proceder de las islas de São Vicente y Santa Luzia, ampliando de esta manera su área de distribución conocida. En 1976 Allen Greer también concluía que el esqueleto de un “lagarto” gigante de Cabo Verde recordaba al de otras especies caboverdianas de menor tamaño, y sugería por eso que todos los escíncidos del archipiélago debían estar emparentados. La hipótesis de Greer quedó confirmada un cuarto de siglo más tarde, cuando un equipo de investigadores del British Museum of Natural History y de la Universidad de Las Palmas comparó secuencias de genes mitocondriales de las especies caboverdianas de escíncidos, incluida la de uno de los grandes “lagartos” compra-

dos a finales del siglo XIX al traficante Charles Jamrach. Nadie dudaba ya de sus lazos evolutivos, pero la fuerza de la marca *Macroscincus* era tal que nadie se atrevió a invalidar el género propuesto por Bocage hasta el año 2010. Desde entonces nuestro lagarto gigante de Cabo Verde debe llamarse *Chioninia coctei*, y así se hará a partir de este punto.

Pero no todo lo que podemos llegar a saber sobre este animal se encuentra encerrado en frascos con alcohol. Todavía quedaba buscar sus rastros allí donde vivió, e interpretar el paisaje como lo haría un lagarto... ¿Para qué puede servir una cola prensil si no existen árboles a los que subir? ¿De qué sirve ser grande, disponer de dientes cortantes como una iguana, convivir con nemátodos como lo haría una tortuga vegetariana y tener un largo intestino para digerir plantas si



Algunos restos esqueléticos de un ejemplar adulto de *Chioninia coctei* en la duna de Salamansa (São Vicente). (Foto: José A. Mateo).



Otra imagen de Raso, con Branco y Santa Luzia al fondo. Todos estos islotes han sido objeto de distintas expediciones en busca de la lisa gigante, tanto en el pasado como en tiempos muy recientes. (Foto: José A. Mateo).

apenas queda vegetación con la que alimentarse? ¿Qué hacían sus antepasados para sobrevivir en una roca estéril como el ilhéu Branco? ¿En qué otras islas vivían? ¿Cómo eran hace quinientos años las islas que les daban cobijo? ¿Y cómo eran hace seis milenios? ¿Y a principios del Cuaternario?

Los indicios encontrados entre los sedimentos de antiguos lagos endorreicos, los estudios paleontológicos y palinológicos, los modelos paleoclimáticos basados en parámetros orbitales e incluso la arqueología nos han enseñado que la franja saheliana de África, de la que Cabo Verde es una prolongación hacia el oeste, ha gozado a lo largo del Cuaternario de periodos mucho más húmedos que el actual. De hecho, casi al mismo ritmo que en Europa se sucedían los periodos glaciales e interglaciales, en el Sahel -y en Cabo Verde- alternaban las épocas lluviosas con predominio de la sabana húmeda con otras más áridas en las que la estepa ganaba terreno. Las fluctuaciones del nivel del mar, que también están asociadas a esos vaivenes climáticos, determinaron que, en aquellos periodos en los que la vegetación era más densa e irrigada, las actuales islas de São Vicente, Santa Luzia, Branco y Raso se unieran para formar una única isla mucho más grande que la suma de todas ellas. Es muy probable que durante esos periodos de bonanza nuestros lagartos tuvieran una distribución casi continua, que fueran abundantes y que pasaran buena parte de sus tranquilas vidas ramoneando, asidos a las ramas de los arbustos con su quebradiza cola prensil. Sabemos que en esa época los lagartos compartían su isla con

tortugas de tierra de mediano tamaño (*Geochelone* sp.), de las que únicamente nos ha llegado algún nido fosilizado, o con otras especies, como las alondras de Raso (*Alauda razae*) o los perenquenes gigantes (*Tarentola gigas*), que en la actualidad presentan una distribución restringidísima.

Los vaivenes climáticos ocurridos a lo largo del Cuaternario han determinado que la diversidad de especies animales y vegetales se haya reducido considerablemente durante ese periodo en todo el archipiélago caboverdiano. El último de los periodos húmedos y *felices* tuvo lugar hace solo 6.000 años, y desde entonces la aridez ha ido imponiéndose por momentos.

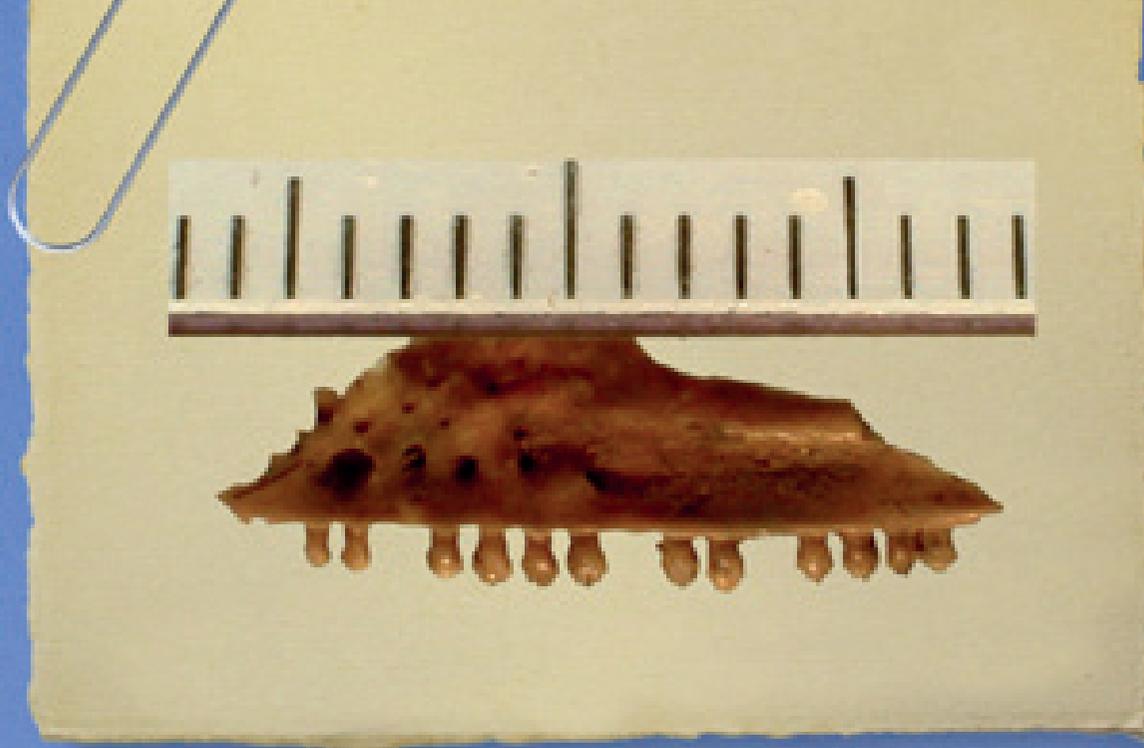
El día 13 de diciembre de 1461 Diogo Gomes se convirtió en el primer humano que pisó la isla de Santa Luzia. Entonces ya la encontró poco arbolada y con predominio de una vegetación rala y esteparia. En esa época el inmenso arenal de Praia do Castelo -casi una décima parte de la superficie total de la isla- estaba ocupado por una gran colonia de aves marinas. Decenas de miles de paíños pechialbos (*Pelagodroma marina*) y un número menor de paíños de Madeira (*Oceanodroma castro*), pardelas chicas de Cabo Verde (*Puffinus boydi*), rabihorcados magníficos (*Fregata magnificens*), piqueros pardos (*Sula leucogaster*) y otras especies marinas anidaban en lo que entonces era un tarajal aclarado. De todo aquello no queda más que un arenal deforestado recubierto por completo de huesos de todas esas aves, de cascarnes de huevos, de guano petrificado, de raíces endurecidas de *Tamarix* cf. *senegalensis*, y entre todos esos restos, esqueletos desarmados de *Chioninia coctei*. Este



Algunos de los naturalistas relacionados a lo largo de sus carreras con la lisa gigante de Cabo Verde. 1: Domenico Vandelli; 2: Etienne Geoffroy Saint Hillaire; 3: John Gray; 4: Constant Duméril; 5: Gabriel Bibron; 6: Georges Cuvier; 7: José V. Barboza do Bocage; 8: Frederico Hopffer; 9: Isidore Geoffroy Saint Hillaire; 10: Alphons Stübel; 11: Franz Troschel; 12: Oskar Simony; 13: Mario Peracca; 14: Franz Steindachner; 15: Franz Werner; 16: Georges Boulenger; 17: Boyd Alexander; 18: Leonardo Fea; 19: Théodore Monod; 20: Fernand Angel.

escenario, repetido a menor escala en el arenal de Salamansa (São Vicente), sugiere que los grandes lagartos vegetarianos habrían logrado sobrevivir a la progresiva aridificación de la región gracias

a una inusual plasticidad ecológica que de la noche a la mañana les había permitido convertirse en eficientes comensales de las aves marinas y en carroñeros. No deja de ser extraordinario que esta mis-



Santa Luzia vista desde la playa de Calháu (São Vicente); en las heces de un gato recogidas en Santa Luzia se encontraron en 2003 un trozo de angular y un maxilar (arriba a la izquierda) de un ejemplar juvenil de *Chioninia coctei*. (Foto: José A. Mateo).

ma polivalencia haya sido recientemente también descrita para los lagartos de El Hierro (*Gallotia simonyi*) que ocupan el roque Chico de Salmor.

Aunque las islas de Santa Luzia y São Vicente se mantuvieron poco pobladas hasta la segunda mitad del siglo XIX (la primera acabaría despoblándose, mientras que el comienzo de la actividad del Porto Grande de Mindelo multiplicó la población de la segunda), ambas sufrieron la presión de la actividad humana. Los tarajales se convirtieron en combustible y las aves marinas y lagartos en parte del aporte proteico de su dieta. Las cabras arrasaron casi todas las plantas autóctonas, y los gatos y perros asilvestrados dejaron su huella en la fauna, contribuyendo muy activamente en la desaparición de las colonias de aves marinas y en la extinción de la alondra de Raso y del perenquén gigante. La aparición de huesos de ratón casero en los enormes depósitos de egagrópilas de Ribeira dos Penedos ha permitido estimar mediante dataciones por radiocarbono que, después de que Diogo Gomes llegara a Santa Luzia, *Chioninia coctei* desapareció de la dieta de las lechuzas (*Tyto alba detorta*) en solo siglo y medio.

En los islotes de Branco y Raso nunca llegaron a crearse asentamientos humanos permanentes y si alguna vez hubo algún gato, duró poco. Estas ausencias y el mantenimiento de importantes colonias de aves marinas permitieron que, a pesar de las razias llevadas a cabo por los pescadores de Tarrafal para hacer más consistentes sus “cachupas” (comida típica de Cabo Verde), Feijó pudiera capturar sus cuatro lagartos a finales del siglo XVIII.

A modo de resumen diremos que hace pocos millones de años y en una isla de Barlovento, la ausencia de grandes depredadores, la competencia entre especies y el aislamiento determinaron que un escinco caboverdiano acabara haciéndose enorme y un herbívoro opcional. Los cambios climáticos del Cuaternario causaron una fragmentación de la distribución de ese lagarto, e hicieron que su supervivencia como especie dependiera en gran medida de las colonias de aves marinas, hasta que hace cinco siglos y medio llegó el hombre y colonizó el archipiélago. En una primera fase la actividad humana casi extinguió las poblaciones de *Chioninia coctei* de Santa Luzia y São Vicente, restringiendo su presencia a dos islotes despoblados. En una segunda fase su descripción y redescubrimiento para el mundo científico la elevó al rango de curiosidad naturalista, un más que discutible honor que la llevó directamente a las listas oficiales de especies extinguidas. Una historia triste que desgraciadamente no deja de ser más que un ejemplo a escala local del progresivo deterioro de un planeta acosado por la superpoblación y las ocurrencias humanas.

Podría haberse puesto aquí punto y final al artículo, pero en vez de eso hemos preferido concluirlo con un moderadamente optimista *tal vez continuará*. La razón de este atrevimiento está en que desde que *Chioninia coctei* se dio oficialmente por extinguida han aparecido indicios que permiten soñar con que todavía quede una pequeña población perdida que nos conduzca a su recuperación. Sabemos, por ejem-



Hembra (arriba) y macho (debajo) de *Chioninia coctei* capturados en 1891 por Donato Schiavetti en Branco; ejemplares conservados en las colecciones del Museo Civico di Storia Naturale Giacomo Doria de Génova. (Foto: Rubén Barone).



Esqueleto montado de *Chioninia coctei* cedido en 1906 por Franz Steindachner a la colección del Naturhistorisches Museum de Viena. (Foto: Rubén Barone).



Restos esqueléticos de *Chioninia coctei*, *C. stangeri*, *Tarentola gigas* y *T. substituta*, entre otras especies, originado por la acumulación de egagrópilas de una rapaza (yacimiento de Monte Verde, São Vicente; foto: Ph. Geniez); a la derecha, depósito de egagrópilas de lechuza en Ribeira dos Penedos, Santa Luzia (foto: J. A. Mateo).

plo, que en los años 90 del siglo pasado un conocido traficante de animales vendía ejemplares vivos a 220 marcos alemanes la unidad, o que en 2003 un par de huesos de un ejemplar juvenil aparecieron en las heces de un gato recogidas en Santa Luzia. Más recientemente, en abril de 2006, un asustadizo y volátil vendedor anónimo ofrecía a través de un anuncio en internet un macho y una hembra adultos al precio de doce mil euros, pero su rastro se desvaneció, como en una película de

espías, entre la muchedumbre del aeropuerto de Frankfurt.

El tráfico de especies amenazadas y la muerte entre las fauces de una especie invasora no suelen ser buenas tarjetas de presentación para el programa de recuperación de un reptil, pero en este caso son los únicos clavos al rojo a los que todavía podríamos asirnos. Ojalá esos tenues indicios de supervivencia acaben por confirmarse y en un futuro no muy lejano todo le vaya mejor a la lisa gigante de Cabo Verde.



Praia do Castelo (Santa Luzia). (Foto: Marcos García Márquez).



Ladera de Monte Verde (São Vicente), en la que se encuentra el inmenso depósito de egagrópilas fósiles de una rapaz que consumía habitualmente ejemplares de *Chioninia coctei* y *Tarentola gigas*. (Foto: S. Carranza).

Isla de São Vicente (bahía de São Pedro), donde *Chioninia coctei* sobrevivió hasta las postrimerías del siglo XIX. (Foto: Ph. Geniez).

La creación en 1838 del Porto Grande de Mindelo pudo ser determinante en la extinción de la lisa gigante en São Vicente; hasta entonces la isla se había mantenido casi deshabitada debido a su extrema aridez. (Foto: Ph. Geniez).





El arenal de Praia do Castelo (Santa Luzia), una antigua colonia de paíños pechialbos (*Pelagodroma marina*) entre la que las lisas gigantes de Cabo Verde se movían hace apenas seis siglos; fotografía: José A. Mateo. Abajo a la izquierda, maxilar y dentario de *Chioninia coctei* encontrados en Praia do Castelo. (Foto: Ph. Geniez).

Bibliografía consultada

ANDREONE, F. & E. GAVETTI (1998). Some remarkable specimens of the giant Cape Verde skink, *Macrosclincus coctei* (Duméril & Bibron, 1839), with notes about its distribution and causes of its possible extinction. *Italian Journal of Zoology*, 65: 413-421.

CARRANZA, S., E. N. ARNOLD, J. A. MATEO, & L. F. LÓPEZ-JURADO (2001). Parallel gigantism and complex colonization patterns in Cape Verde scincid lizards *Mabuya* and *Macrosclincus* (Reptilia: Scincidae) revealed by mitochondrial DNA sequences. *Proceedings of the Royal Society London*, 268: 1.595-1.603.

DUMÉRIL, C. & G. BIBRON (1839). *Erpétologie Générale; Histoire Complète des Reptiles, Tome cinquième*. Librairie Encyclopédique de Roret, París. Accesible en <http://www.biodiversitylibrary.org/item/99940> (consultado el 20 de febrero de 2012).

GREER, A. E. (1976). On the evolution of the giant Cape Verde scincid lizard *Macrosclincus coctei*. *Journal of Natural History*, 10: 691-712.

GUEDES, M. E. (1990). Memórias do Lagarto Caboverdiano. *O Escritor*, 1: 1-29. Accesible en http://triplov.com/cabo_verde/coctei/ (consultado el 20 de febrero de 2012).

MATEO, J. A., L. F. LÓPEZ-JURADO, & M. GARCÍA-MÁRQUEZ (2005). Primeras evidencias de la supervivencia del escinco gigante de Cabo Verde, *Macrosclincus coctei* (Duméril & Bibron, 1839). *Boletín de la Asociación Española de Herpetología*, 15: 73-75.

MIRALLES, A., R. VASCONCELOS, A. PERERA, D. J. HARRIS & S. CARRANZA (2010). An integrative taxonomic revision of the Cape Verdean skinks (Squamata, Scincidae). *Zoologica Scripta*, 40: 16-44.

Publicaciones Turquesa

ediciones de libros de naturaleza

